



## Miguel de Guzmán: la persona

---

**T**oda la comunidad de matemáticos españoles y muchos compañeros de otros países estamos conmovidos por la pérdida de Miguel de Guzmán. Desde la emoción que producen los recuerdos hay un afán colectivo de honrar su memoria analizando su trayectoria y la extraordinaria obra que nos ha legado. Hay un deseo unánime de que su proyección llegue también a las futuras generaciones.

Miguel ha sido una persona muy sencilla y asequible a todos. Es difícil desde la proximidad hacer una valoración adecuada de la influencia que su vida y su trabajo han tenido y seguirán teniendo sin duda en nuestro mundo cultural y científico. Con toda seguridad la persona de Miguel de Guzmán va a continuar creciendo en el aprecio y la consideración de

*Con toda seguridad la persona de Miguel de Guzmán va a continuar creciendo en el aprecio y la consideración de muchas personas.*

muchas personas. El tiempo irá decantando todo el valor que se acumula en lo que nos deja y en el ejemplo de su vida.

---

**Baldomero Rubio**  
*Universidad Complutense  
Madrid*

Es mi intención acercar al lector a su persona. He tenido el privilegio de estar muy cerca de él durante muchos años y también el honor de haber sido colaborador suyo en varios de sus libros. Esta proximidad y el cariño fraternal que nos hemos profesado son los únicos avales por los que posiblemente puedo merecer que se haya pensado en mí para realizar este cometido.

No puedo evitar recordar ahora la noche del lunes 12 de abril, cuando Mayte me llamó por teléfono para contarme la enfermedad. Al día siguiente debíamos reanudar nuestras clases y en el tiempo de vacaciones yo había estado fuera de Madrid bien ajeno a esta circunstancia. Ese mismo día me fui al hospital de Getafe para estar con él. Lo encontré sentado en una butaca frente a su hermano Enrique, quien poco después se despidió y quedamos solos. Estaba tranquilo, sin perder su habitual sonrisa, pero me habló serenamente de su sufrimiento y del peligro en el que aún se encontraba. Los médicos preveían en todo caso que su permanencia en el hospital debía prolongarse al menos seis semanas, lo cual le impedía volver con sus alumnos antes del final de curso. Era esto lo que realmente más le preocupaba y también la dificultad para poder trabajar en la situación en que se encontraba. Además, estaba a punto de terminar un nuevo libro.

Estuvimos hablando de muchas cosas y en particular de la cincuentena de alumnos que estaban ahora en su clase, de los trabajos que les encomendaba, los cuales originaban centenares de páginas que él debía leer. Pero no mostraba fastidio alguno ante esta ingente tarea. El énfasis lo ponía en el entusiasmo de los jóvenes con los que transcurría su curso. Después llegó Mayte y seguimos hablando los tres un buen rato, haciendo algún proyecto para el próximo verano. —Baldo: *Ahora voy a ver si duermo un poco*— me dijo. Agarré su mano izquierda con mi mano derecha y los dos la apretamos durante unos segundos en los que nos costaba trabajo terminar. En un instante sentí una honda preocupación y salí.

En la homilía de la misa de funeral José Antonio García-Monge, hermano de Mayte, pronunció unas bellísimas palabras. La gentileza de José Antonio y de Mayte me ha permitido acceder al texto de esta homilía, y yo deseo recordar ahora algo que los presentes ya pudimos oír entonces y estoy seguro que nos gustará recordar. José Antonio recoge parte de un texto que Miguel había escrito ya hace algún tiempo con la intención de que pudiera leerse en caso de grave enfermedad suya:

Considero que la vida en este mundo es un magnífico don de Dios, pero estoy profundamente convencido de que no es el valor supremo y absoluto. Sé que la muerte es un acontecimiento que nos causa una profunda pena porque implica una interrupción de las relaciones cercanas y profundas de amor, cariño y mutuo apoyo que durante nuestra vida nos han mantenido tan unidos y felices. Pero desde la fe creo que la muerte me abre el camino a la vida junto a Dios, a una unión a Él, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo,

a María, a una forma de compenetración y de cariño con todos vosotros, con mi madre, con todas las personas que he querido y me han querido durante mi vida, a la satisfacción y contemplación de todas las cosas que me han entusiasmado en esta vida, todo ello en una forma que no entiendo, pero no por eso menos hondamente real que aquello que creo entender. Desearía que todos vosotros compartierais conmigo esta visión de la vida que a mí me ha ayudado siempre extraordinariamente.

Pero es necesario dejar atrás lo ya inevitable, y ahora desearía pasar al principio de la vida de Miguel. He comentado con él algunas cosas de sus primeros años, pero por lo general no tenía mucha tendencia a hablar sobre sí mismo. Su conversación giraba más bien sobre proyectos, cosas para hacer, sugerencias de trabajo. Antes del verano de 1969, cuando lo encontré por primera vez. Hay rasgos de su vida y carácter que sólo he conocido ahora gracias a la información que me ha suministrado Leoncio Fernández Maroto, gran amigo suyo desde los años de su licenciatura en Matemáticas, y buen amigo mío también.

*Miguel de Guzmán es el paradigma de una vida dedicada al servicio de los demás. Su vida ha sido un afán constante de buscar los sitios donde podía ser más útil.*

Miguel nace el día 12 de enero de 1936 en Cartagena. Su padre era marino y murió fusilado al principio de la guerra civil española por los militares que se sublevaron contra el Gobierno de la República. Era menor que sus hermanos Luis, Enrique y Margarita. Su madre, María Luisa, la única persona a quien cita expresamente en la formidable declaración de fe que antes hemos leído, murió también demasiado pronto, y siempre observé cómo sentía el orgullo de sus cuatro hijos. Miguel tenía un inmenso amor por ella. Precisamente los dos hermanos mayores fueron sus primeros profesores de matemáticas, como ha declarado en varias ocasiones. Ambos son ingenieros y él, después de un bachillerato que terminó a los dieciséis años, también inició estudios de ingeniería, que no llegó a terminar porque decidió ingresar como jesuita. Entró en el noviciado de Orduña en donde hizo dos años de estudios humanísticos. Después estudió filosofía, un año en Loyola y dos más en Munich. Y por cierto, ¿quién le enseñó a leer y escribir? Su letra, de trazo firme y equilibrado, puede verse en *El rincón de la pizarra*. Constituye un fiel reflejo de su carácter sereno, dulce, armónico.

Al principio de los años sesenta inicia los estudios de la licenciatura de matemáticas en la Universidad Complutense. Después va a Chicago para hacer el doctorado junto a Alberto Calderón. Alberto Dou, catedrático de la Complutense y compañero jesui-

ta, propició esta decisión de Miguel, así como su retorno en 1969 a la facultad de Ciencias de nuestra universidad. De esta época de Chicago he podido acceder a algunas cartas intercambiadas con nuestro común amigo Leoncio, a quien antes me he referido. Muestran de forma entrañable sus preocupaciones ante el reto del doctorado, así como sus proyectos de ser útil a los demás a través del ejercicio de la profesión de matemático.

Y ya estamos en el verano de 1969 en cuyo final tuve la suerte de conocer a Miguel. Como ya he contado en alguna ocasión, venía de Chicago cargado de libros y no menos cargado de ilusiones. Había comprendido que era necesario cambiar muchas cosas en la manera de entender la dedicación a las matemáticas en nuestra universidad. Venía de un ambiente tan propicio a la creación matemática como era la universidad de Chicago, y aquí se estaba entonces estudiando y volviendo a estudiar textos cerrados que no proporcionaban acceso a problemas razonablemente asequibles para los jóvenes licenciados que deseaban iniciar su carrera universitaria. Yo estaba entre ellos y el panorama cambió radicalmente para mí.

Desde otro punto de vista, seguía como jesuita. Me comentaba entonces en algunas ocasiones que debía estudiar teología, pero lo que yo podía apreciar es que le faltaba tiempo o motivación para ello. Poco tiempo después observé que me hablaba de forma reiterada de Mayte, —la hermana de mi compañero José Antonio—, apostillaba cada vez. Yo sabía que se estaba enamorando de Mayte, pero tardó en decírmelo.

*En el verano de 1969 regresea de su estancia en Chicago cargado de libros y no menos cargado de ilusiones. Había comprendido que era necesario cambiar muchas cosas en la manera de entender la dedicación a las matemáticas en nuestra universidad.*

En el tiempo hasta 1971 en que terminé mi tesis doctoral con su dirección, pude apreciar muy bien su calidad como profesor, como orientador del trabajo de los demás, como estimulador ante las dificultades que naturalmente tiene quien está empezando. Y también como amigo. Yo he sido su primer alumno de doctorado, y después de mí muchos más. Solía decirme que no dudara en preguntarle ante mis dificultades, porque quizás él había pasado antes por otras equivalentes y podría darme alguna orientación decisiva para superarlas. ¡Siempre atento a dar ayuda a todo el que lo deseara! Los cursos de doctorado que impartía entonces abrían una perspec-

tiva completamente nueva en nuestra facultad. ¡Cuántos profesores de Análisis Matemático de la universidad española actual han surgido del estímulo, de la enseñanza y de las orientaciones que él ha proporcionado!

*Pude apreciar muy bien su calidad como profesor, como orientador del trabajo de los demás, como estimulador ante las dificultades que naturalmente tiene quien está empezando, y también como amigo.*

En Septiembre del 74 se produjo la primera interrupción de mi contacto inmediato con él. Estuve durante un curso en la universidad de Princeton, y allí estaba también Antonio Córdoba, que justo había terminado su doctorado en Chicago con la dirección de C. Fefferman. También coincidí ese curso con José Luis Rubio de Francia, otro de nuestros grandes matemáticos tristemente desaparecido demasiado pronto, y Juan Carlos Peral. Puedo asegurar que esta concentración de matemáticos españoles en una universidad como ésta procede sin duda de su estímulo. Al curso siguiente él mismo visitó Princeton. Miguel había hecho fácil que jóvenes matemáticos españoles pudieran visitar y hacer su doctorado en muy buenas universidades de los Estados Unidos.

Reunidos de nuevo en la Complutense, iniciamos una colaboración que se ha prolongado por muchos años. Estuvimos preparando el libro *Integración: teoría y técnicas* que se publicó en 1979 y ha constituido un manual muy apreciado por nuestros estudiantes durante muchos años. El libro se debe a la inspiración de Miguel y a una buena dosis de transpiración a cargo mío. Nuestra colaboración quedó algo interrumpida durante los demasiados años en los que fui decano.

Ya a finales de los ochenta reanudamos nuestro trabajo en común esta vez para hacer un texto de Análisis Matemático pensado para el primer curso universitario. Pretendíamos recoger en él nuestra amplia experiencia en esta materia con el mucho material que teníamos acumulado. El primer volumen de esta obra se terminó en el verano de 1990, y sucesivamente aparecieron otros dos. Hay una pequeña historia alrededor de estos libros: Un día de 1993 nos llegó desde la editorial una carta de Sofía, una estudiante que los había encontrado en la biblioteca de la Facultad de Matemáticas de Sevilla. Con el característico desparpajo andaluz nos decía:

Soy una estudiante de 1º de Física (en Sevilla) y estoy realmente emocionada ante tan magnífica obra. Hace pocos

días que conozco estos libros encontrados (igual que un tesoro) entre tantos otros de la biblioteca de la Facultad de Matemáticas. Se me ha disparado la imaginación al darme cuenta de lo fácil que es aprender de esta manera.

Y continúa con frases más que elogiosas. Guardé la carta y aún la conservo. Traigo aquí este testimonio como homenaje a Miguel. Sin duda es su inspiración la que ha motivado este reconocimiento, y me honra compartir con él alguna responsabilidad en ello. Seguramente centenares o miles de estudiantes tienen este sentimiento de admiración hacia Miguel que Sofía expresa tan elocuentemente.

Ha escrito varios libros con la intención de llevar a un público muy amplio lo que ha constituido uno de los objetivos fundamentales de su vida: alentar y motivar la afición al trabajo intelectual y, en particular, a las matemáticas. Me voy a referir sólo a dos de ellos, que en mi opinión reflejan especialmente la personalidad del autor.

Tenía que pasar una temporada en el hospital para curarse de un virus que afectaba a su corazón. Era el año 1986. Al segundo día que estuve con había logrado permiso para estar en una pequeña sala que utilizaban habitualmente médicos y enfermeras y allí estaba trabajando todas las horas que la enfermedad le permitía para escribir *Aventuras matemáticas* en el corto tiempo que duró su estancia en el hospital. En la dedicatoria escribe:

Dedicado a los médicos, enfermeros, enfermeras y amigos del Centro Ramón y Cajal, donde tuve la oportunidad de escribir estas aventuras matemáticas. Con sus atenciones y afecto, ellos me enseñaron que estar enfermo una temporada puede no ser tan malo.

El libro contiene unas viñetas muy divertidas realizadas por su hijo Miguel y se ha traducido al francés, finlandés, portugués y chino. Representa de la mejor manera una característica importante de su autor: Incapacitado absolutamente para perder el tiempo.

*Para pensar mejor* es un libro por el que siento especial predilección. Tuve la ocasión de ir leyendo los originales y de comentarlos ampliamente con su autor durante el tiempo que duró la gestación (la cocina, como le gustaba decir). Fue muy agradable y estimulante nuestro intercambio de puntos de vista. Miguel era muy receptivo a otras opiniones. Al regalarme el libro, como siempre, escribe esta vez: *Baldo, muy agradecido por tu magnífica ayuda*. No dejaba que le ganaran en generosidad.

Al cumplir los sesenta años tuvo el homenaje de reconocimiento internacional que ya había ganado ampliamente. Los organizadores de la quinta edición de la *International Conference on Harmonic Analysis and Partial Differential Equations*, celebrada como las otras en El Escorial, tuvieron la

feliz idea de dedicárselo. Era un excelente criterio: hacerlo en su plena madurez, sin esperar a un tiempo que pudiera ser considerado de término. De otra forma no habría podido disfrutar, como sé muy bien que sucedió, la cálida expresión de afecto y admiración de tantas personas que pudimos estar con él en aquellos días de junio de 1996.

Miguel de Guzmán es el paradigma de una vida dedicada al servicio de los demás. A través de su oficio de matemático, no sólo ha hecho lo que es habitual en esta profesión: investigar, enseñar, ayudar a los más jóvenes a iniciarse... Su vida ha sido un afán constante de buscar los sitios donde podía ser más útil, investigando los campos nuevos, abierto siempre a las innovaciones, conocedor del mundo cultural y científico que lo rodeó en cada momento, lector insaciable, trabajador permanente. Pocas y cortas vacaciones se ha permitido. Siempre ha estado donde se solicitaba su presencia. La matemática española actual es en buena parte fruto de su dedicación.

*La matemática española actual es en buena parte fruto de su dedicación.*

Ha ejercido un magisterio espectacular. Deja un caudal enorme de escritos que podrán contemplarse también en el futuro. Su prosa es bellísima, hubiera debido ser también académico de la Lengua. Sus frases largas sin *comas* que tan bien se leen y tanto contenido tienen, hay que seguir disfrutándolas. Su alegría de vivir, el sentido lúdico del que siempre quería impregnar el trabajo, son otra constante en él. Me viene ahora a la memoria *Los espingorcios*, escritos para sus hijos Mayte y Miguel. La creatividad de su padre le permitía hacer algo más que comprar cuentos para ellos: Se los inventaba.

Se ha ido cuando tenía muchas ideas por desarrollar y todo parecía indicar que también fuerzas y futuro para hacerlo. No estábamos preparados para su ausencia. El tiempo irá definiendo progresivamente todo su valor.

Con toda seguridad, lo que nos pediría a los que seguimos es que continuemos su trabajo para que cada vez más las jóvenes generaciones sepan utilizar las matemáticas como vehículo para su formación integral en un ambiente lúdico y estimulante. El mejor tributo que podemos rendirle es contribuir a ello todo lo que nos sea posible.

Pero sobre el dolor que sentimos debe prevalecer la alegría por todo lo que nos ha dejado. Así me lo decía su hermano Enrique el día del funeral. Aquella tarde de abril los cielos madrileños lloraban, no se sabe si de dolor o de gozo. ■